1916
León

Darío

En Nicaragua, tierra ocupada, tierra humillada, Rubén Darío muere.
Lo mata el médico, de certero pinchazo al hígado. El embalsamador, el peluquero, el maquillador y el sastre le atormentan los restos.
Se le infligen suntuosos funerales. Huele a incienso y a mirra el caliente aire de febrero en la ciudad de León. Las más distinguidas señoritas, envueltas en lirios y plumones de garza, son las Canéforas y las Vírgenes de Minerva que van regando flores al paso de la capilla ardiente.
Rodeado de cirios y de admiradores, el cadáver de Darío luce durante el día túnica griega y corona de laurel y por la noche traje negro de etiqueta, levita y guantes al tono. Por toda una semana, día tras noche, noche tras día, se lo azota con cursis versos, en recitales de nunca acabar, y se le propinan discursos que lo proclaman Cisne Inmortal, Mesías de la Lira Española y Sansón de la Metáfora.
Rugen los cañones: el gobierno contribuye al martirio descerrajando honores de ministro de Guerra al poeta que predicaba la paz. Alzan cruces los obispos, tintinean las campanillas: en el momento culminante de la flagelación, el poeta que creía en el divorcio y en la enseñanza laica cae al hoyo convertido en Príncipe de la Iglesia.

1917
Campos de Chihuahua y Durango

La aguja en el pajar

Una expedición de castigo, diez mil soldados y mucha artillería, entra en México para cobrar a Pancho Villa el insolente ataque a la ciudad norteamericana de Columbus.
–*¡En jaula de hierro nos vamos a llevar a ese asesino!* –proclama el general John Pershing, y le hace eco el trueno de sus cañones.
A través de los inmensos secarrales del norte, el general Pershing encuentra varias tumbas –*Aquí yace Pancho Villa*– sin Villa adentro. Encuentra serpientes y lagartijas y piedras mudas y campesinos que murmuran pistas falsas cuando los golpean, los amenazan o les ofrecen en recompensa todo el oro del mundo.
Al cabo de algunos meses, casi un año, Pershing se vuelve a los Estados Unidos. Se lleva sus huestes, larga caravana de soldados hartos de respirar polvo y de recibir pedradas y mentiras en cada pueblito del cascajoso desierto. Dos jóvenes tenientes marchan a la cabeza de la procesión de humillados. Ambos han hecho en México su bautismo de fuego. Dwight Eisenhower, recién salido de West Point, está iniciando con mala pata el camino de la gloria militar. George Patton escupe al irse de *este país ignorante y medio salvaje.*
Desde la cresta de una loma, Pancho Villa contempla y comenta:
–*Vinieron como águilas y se van como gallinas mojadas.*

1918
Córdoba

La docta Córdoba y sus mohosos doctores

Ya la universidad argentina de Córdoba no niega el título a quien no pueda probar su blanca estirpe, como ocurría hasta hace unos años, pero todavía en Filosofía del Derecho se estudia el tema *Deberes para con los siervos* y los estudiantes de Medicina se reciben sin haber visto nunca un enfermo.
Los profesores, venerables espectros, copian a Europa con varios siglos de atraso, perdido mundo de caballeros y beatas, siniestra belleza del pasado colonial, y con orlas y con borlas recompensan los méritos del loro y las virtudes del mono.
Los estudiantes cordobeses, hartos, estallan. Se declaran en huelga contra los carceleros del espíritu y llaman a los estudiantes y a los obreros de toda América Latina a luchar juntos por una cultura propia. Poderosos ecos les responden, desde México hasta Chile.

1918
Córdoba

«Los dolores que quedan son las libertades que faltan», proclama el manifiesto de los estudiantes

...Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre la revolución, estamos viviendo una hora americana...

Las universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y –lo que es peor aún– el lugar donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara. Las universidades han llegado a ser así fiel reflejo de esas sociedades decadentes que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por ello es que la ciencia, frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático...

1918
Ilopango

Miguel a los trece

Llegó al cuartel de Ilopango empujado por el hambre, que le había escondido los ojos allá en el fondo de la cara.

En el cuartel, a cambio de comida, Miguel empezó haciendo mandados y lustrando botas de tenientes. Rápidamente aprendió a partir cocos de un solo machetazo, como si fueran pescuezos, y a disparar la carabina sin desperdiciar cartuchos. Así se hizo soldado.

Al cabo de un año de vida cuartelera, el pobre muchachito no da más. Después de tanto aguantar oficiales borrachos que lo garrotean porque sí, Miguel se escapa. Y esta noche, la noche de su fuga, estalla el terremoto en Ilopango. Miguel lo escucha de lejos.

Un día sí y otro también tiembla la tierra en El Salvador, paisito de gente caliente, y entre temblor y temblor algún terremoto de verdad, un señor terremoto como éste, irrumpe y rompe. Esta noche el terremoto desploma el cuartel, ya sin Miguel, hasta la última piedra; y todos los oficiales y todos los soldados mueren machacados por el derrumbe.

Y así ocurre el tercer nacimiento de Miguel Mármol, a los trece años de su edad.

1918
Montañas de Morelos

Tierra arrasada, tierra viva

Los cerdos, las vacas, las gallinas, ¿son zapatistas? ¿Y los jarros y las ollas y las cazuelas? Las tropas del gobierno han exterminado a la mitad de la población de Morelos, en estos años de obstinada guerra campesina, y se han llevado todo. Sólo piedras y tallos carbonizados se ven en los campos; algún resto de casa, alguna mujer tirando de un arado. De los hombres, quien no está muerto o desterrado, anda fuera de la ley.

Pero la guerra sigue. La guerra seguirá mientras siga el maíz brotando en rincones secretos de las montañas y mientras sigan centelleando los ojos del jefe Zapata.

1918
Ciudad de México

La nueva burguesía nace mintiendo

–*Luchamos por la tierra* –dice Zapata– *y no por ilusiones que no dan de comer... Con elecciones o sin elecciones, anda el pueblo rumiando amarguras.*

Mientras arranca la tierra a los campesinos de Morelos y les arrasa las aldeas, el presidente Carranza habla de reforma agraria. Mientras aplica el terror de Estado contra los pobres, les otorga el derecho de votar por los ricos y brinda a los analfabetos la libertad de imprenta.

La nueva burguesía mexicana, hija voraz de la guerra y del saqueo, entona himnos de alabanza a la Revolución mientras la engulle con cuchillo y tenedor en mesa de mantel bordado.

1919
Cuautla

Este hombre les enseñó que la vida no es sólo miedo de sufrir y espera de morir

A traición tenía que ser. Mintiendo amistad, un oficial del gobierno lo lleva a la trampa. Mil soldados lo están esperando, mil fusiles lo voltean del caballo. Después lo traen a Cuautla. Lo muestran boca arriba.

Desde todas las comarcas acuden los campesinos. Varios días dura el silencioso desfile. Al llegar ante el cuerpo, se detienen, se quitan el sombrero, miran cuidadosamente y niegan con la cabeza. Nadie cree: le falta una verruga, le sobra una cicatriz, este traje no es el suyo, puede ser de cualquiera esta cara hinchada de tanta bala.

Secretean lento los campesinos, desgranando palabras como maíces:

–Dicen que se fue con un compadre para Arabia.

–Que no, que el jefe Zapata no se raja.

–Lo han visto por las cumbres de Quilamula.

–Yo sé que duerme en una cueva del Cerro Prieto.

–Anoche estaba el caballo bebiendo en el río.

Los campesinos de Morelos no creen, ni creerán nunca, que Emiliano Zapata pueda haber cometido la infamia de morirse y dejarlos solitos.



Corrido de la muerte de Zapata

Estrellita que en las noches
te prendes de aquellos picos,
¿dónde está el jefe Zapata
que era azote de los ricos?

Trinitaria de los campos
de las vegas de Morelos,
si preguntan por Zapata
di que ya se fue a los Cielos.

Arroyito revoltoso,
¿qué te dijo aquel clavel?
–Dice que no ha muerto el jefe,
que Zapata ha de volver.

1919
Hollywood

Chaplin

En el principio fueron los trapos.
De los desperdicios de los estudios Keystone, Charles Chaplin eligió las prendas más inútiles, por demasiado grandes o demasiado pequeñas o demasiado feas, y unió, como quien junta basura, un pantalón de gordo, una chaqueta de enano, un sombrero hongo y unos ruinosos zapatones. Cuando tuvo todo eso, agregó un bigote de utilería y un bastón. Y entonces, ese montoncito de despreciados harapos se alzó y saludó a su autor con una ridícula reverencia y se echó a caminar a paso de pato. A poco andar, chocó con un árbol y le pidió disculpas sacándose el sombrero.
Y así fue lanzado a la vida Carlitos el Vagabundo, paria y poeta.

1919
Hollywood

Buster Keaton

Hace reír el hombre que nunca ríe.
Como Chaplin, Buster Keaton es un mago de Hollywood. El también ha creado un héroe del desamparo. El personaje de Keaton, sombrero de paja, cara de piedra, cuerpo de gato, no se parece en nada a Carlitos el Vagabundo, pero está metido en la misma guerra desopilante contra los policías, los matones y las máquinas. Siempre impasible, helado por fuera, ardiente por dentro, muy dignamente camina por la pared o por el aire o por el fondo de la mar.
Keaton no es tan popular como Chaplin. Sus películas divierten, pero tienen demasiado misterio y melancolía.



1919
Memphis

Miles de personas asisten al espectáculo

Se ven numerosas mujeres con niños en brazos. El sano esparcimiento alcanza su momento culminante cuando la gasolina bautiza a Ell Persons, atado a una estaca, y las llamas le arrancan los primeros aullidos.
No mucho después, el público se retira en orden, quejándose de lo poco que duran estas cosas. Algunos revuelven las cenizas buscando algún hueso de recuerdo.
Ell Persons es uno de los setenta y siete negros que han sido asados vivos o ahorcados por la multitud blanca, este año, en los estados norteamericanos del sur, por haber cometido asesinato o violación, o sea: por mirar a una mujer blanca con posible brillo de lascivia, o por decirle *sí* en lugar de *sí, señora,* o por no sacarse el sombrero al dirigirle la palabra.
De todos estos linchados, algunos vestían uniforme militar de los Estados Unidos de América y habían perseguido a Pancho Villa por los desiertos del norte de México o estaban recién llegados de la guerra mundial.



1921
Río de Janeiro

Polvo de arroz

El presidente Epitácio Pessoa hace una recomendación a los dirigentes del fútbol brasileño. Por razones de prestigio patrio, les sugiere que no envíen a ningún jugador de piel oscura al próximo Campeonato Sudamericano.
Sin embargo, el Brasil fue campeón del último Sudamericano gracias a que el mulato Artur Friedenreich metió el gol de la victoria; y sus zapatos, sucios de barro, se exhiben desde entonces en la vitrina de una joyería. Friedenreich, nacido de alemán y negra, es el mejor jugador brasileño. Siempre llega último a la cancha. Le lleva por lo menos media hora plancharse las motas en el vestuario; y después, durante el juego, no se le mueve un pelito ni al cabecear la pelota.
El fútbol, diversión elegante para después de la misa, es cosa de blancos.
–*¡Polvo de arroz! ¡Polvo de arroz!* –gritan los hinchas contra Carlos Alberto, otro jugador mulato, el único mulato del club Fluminense, que con polvo de arroz se blanquea la cara.

1921
Río de Janeiro

Pixinguinha

Se anuncia que el conjunto *Los batutas* actuará en París y cunde la indignación en la prensa brasileña. ¿Qué van a pensar del Brasil los europeos? ¿Creerán que este país es una colonia africana? En el repertorio de *Los batutas* no hay arias de ópera ni valses, sino maxixes, lundús, cortajacas, batuques, cateretês, modinhas y recién nacidos sambas. Esta es una orquesta de negros que tocan cosas de negros: se publican artículos exhortando al gobierno a que evite tamaño desprestigio. De inmediato el Ministerio de Relaciones Exteriores aclara que *Los batutas* no llevan misión oficial ni oficiosa.
Pixinguinha, uno de los negros del conjunto, es el mejor músico del Brasil. El no lo sabe, ni le interesa el tema. Está muy ocupado buscando en su flauta, con endiablada alegría, los sonidos robados a los pájaros.

1921
Río de Janeiro

El escritor brasileño de moda

inaugura la piscina de un club deportivo. El discurso de Coelho Neto exaltando las virtudes de la piscina arranca lágrimas y aplausos. Coelho Neto convoca a los poderes del Mar, del Cielo y de la Tierra *para esta solemnidad de tal magnitud que no la podemos evaluar sino rastreando, a través de las Sombras del Tiempo, su proyección en el Futuro.*

–*Postre para ricos* –denuncia Lima Barreto. El no es escritor de moda sino escritor maldito, por mulato y por rebelde, y maldiciendo agoniza en algún hospital de mala muerte.

Lima Barreto se burla de los escritores que lorean las pomposas letras de la cultura ornamental. Ellos cantan las glorias de un Brasil feliz, sin negros, ni obreros, ni pobres, pero con sabios economistas inventores de una fórmula, muy original, que consiste en aplicar más impuestos al pueblo, y con doscientos sesenta y dos generales que tienen la función de diseñar nuevos uniformes para el desfile del año que viene.

1922
Toronto

Este indulto

salva a millones de personas condenadas a muerte temprana. No es un indulto de rey, ni de presidente siquiera. Lo ha otorgado un médico canadiense que la semana pasada andaba buscando empleo con siete centavos en el bolsillo.

A partir de una corazonada que le quitó el sueño, y al cabo de mucho error y desaliento, Fred Banting descubre que la insulina, segregada por el páncreas, reduce el azúcar en la sangre; y así deja sin efecto las muchas penas de muerte que la diabetes había decretado.

1922
Leavenworth

Por seguir creyendo que todo es de todos

Ricardo, el más talentoso y peligroso de los hermanos Flores Magón, ha estado ausente de la revolución que tanto ayudó a desatar. Mientras el destino de México se jugaba en los campos de batalla, él picaba piedras, engrillado, en una cárcel norteamericana.
Un tribunal de los Estados Unidos lo había condenado a veinte años de trabajo forzado por haber firmado un manifiesto anarquista contra la propiedad privada. Varias veces le ofrecieron el perdón, si lo pedía. Nunca lo pidió.
–Cuando muera, mis amigos quizás escriban en mi tumba: «Aquí yace un soñador», y mis enemigos: «Aquí yace un loco». Pero no habrá nadie que se atreva a estampar esta inscripción: «Aquí yace un cobarde y traidor a sus ideas».
En su celda, lejos de su tierra, lo estrangulan. *Paro cardíaco,* dice el parte médico.

1922
Campos de la Patagonia

El tiro al obrero

Hace tres años, los jóvenes aristócratas de la Liga Patriótica Argentina salieron de cacería por los barrios de Buenos Aires. El safari fue un éxito. Los niños bien mataron obreros y judíos en cantidad, durante toda una semana, y ninguno fue a parar a la cárcel por hacerlo sin permiso.
Ahora es el ejército quien practica el tiro al blanco con los trabajadores, en las tierras heladas del sur. Los jinetes del Décimo de Caballería, al mando del teniente coronel Héctor Benigno Varela, recorren los latifundios de la Patagonia fusilando peones en huelga. Los acompañan fervorosos voluntarios de la Liga Patriótica Argentina. A nadie se ejecuta sin juicio previo. Cada juicio demora menos que fumar un cigarrillo. Estancieros y oficiales hacen de jueces. De a montones entierran a los condenados, en fosas comunes cavadas por ellos.
Al presidente Hipólito Yrigoyen no le gustan nada estas maneras de acabar con los anarquistas y los rojos en general, pero no mueve un dedo contra los asesinos.



1923
Río Guayas

Flotan cruces en el río,

centenares de cruces coronadas de flores del cerro, florida escuadra de minúsculos navíos navegando al vaivén de las olas y de la memoria: cada cruz recuerda a un obrero asesinado. El pueblo ha echado al agua estas cruces flotantes, para que descansen en sagrado los obreros que en el fondo del río yacen.
Fue hace un año, en el puerto de Guayaquil. Hacía horas que estaba Guayaquil en manos proletarias. Ni los del gobierno podían circular sin salvoconducto de los sindicatos. Los trabajadores, hartos de comer hambre, habían declarado la primera huelga general en la historia del Ecuador. Las mujeres, lavanderas, cigarreras, cocineras, vendedoras ambulantes, habían formado el comité Rosa Luxemburgo; y eran las más gallas.
–*Hoy la chusma se levantó riendo. Mañana se recogerá llorando* –anunció Carlos Arroyo, presidente de la Cámara de Diputados. Y el presidente de la república, José Luis Tamayo, ordenó al general Enrique Barriga:
–*Cueste lo que cueste.*
Los huelguistas se habían concentrado, en inmensa manifestación, cuando avanzaron marcando el paso, por las calles de alrededor, las botas militares.
A los primeros balazos, muchos obreros quisieron huir, como de hormiguero pateado, y fueron los primeros en caer.
A quién sabe cuántos arrojaron al fondo del río Guayas, con los vientres abiertos a bayoneta.